



Perfil de Coyuntura Económica

ISSN: 1657-4214

malopez@economicas.udea.edu.co

Universidad de Antioquia

Colombia

Medina P., Gonzalo

Medios de comunicación-postconflicto-opinión pública: ¿Cuál de ellos guarda la llave de nuestra solución?

Perfil de Coyuntura Económica, núm. 25, julio, 2015, pp. 21-39

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=86145265002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Medios de comunicación-postconflicto-opinión pública: ¿Cuál de ellos guarda la llave de nuestra solución?*

Gonzalo Medina P.**

“Los que estudian separadamente la política y la moral no llegarán a comprender nunca la una ni la otra”.

John Morley.

DOI: 10.17533/udea.pece.n25a02

Primera versión recibida el: 23 de Febrero de 2015; versión final aceptada el: 01 de Mayo de 2015

El proceso de diálogos que desde hace dos años se adelanta en La Habana entre el gobierno de Juan Manuel Santos Calderón y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC–, de por sí le da vida a una figura de dimensiones políticas, comunicacionales, culturales y económicas como es la Opinión Pública. De ello se deriva una serie de fenómenos, presentes y futuros, que constituyen, en tal virtud, un decisivo llamado de atención a los periodistas, los medios de comunicación, la academia y los diferentes sectores gremiales que se agrupan bajo la denominación de *sociedad civil*, depositaria de los más diversos intereses corporativos de una sociedad y aspirante a la vez de ejercer la vocería del sentir colectivo.

En primer lugar, cuando relacionamos proceso de diálogo y opinión pública, estamos significando que se trata de un acontecimiento en el que se concitan intereses de carácter privado y colectivo. De allí que surjan posturas que conciben a su manera lo privado y lo público, buscando enderezar uno y otro ámbito, dentro de las conversaciones y hasta donde sea posible, en la dirección que le resulte más favorable a cada una de las partes. Surge en este punto, pues, un primer interrogante: ¿Es posible conciliar los distintos intereses y avanzar hacia unos acuerdos que satisfagan a unos y a otros, buscando abrirle paso desde ya a una sociedad justa y democrática que esté en la mitad de la propuesta estatista, propia de la insurgencia tradicional, y de

* Ponencia para ser presentada en la Cátedra Jorge Cárdenas Nanetti, de la Facultad de Ciencias Económicas, de la Universidad de Antioquia, el 19 de marzo de 2015.

** Profesor Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia. Dirección electrónica: gonzalom32@gmail.com

aquella excluyente, plena de privilegios económicos y refractaria a la participación política de la izquierda armada y la legal, con todo y la responsabilidad histórica que le cabe en el surgimiento de la primera y en el exterminio de la segunda —léase, a manera de ejemplo, la desaparición de la Unión Patriótica como una de las más recientes y claras posibilidades de lograr una sociedad pluralista y democrática en Colombia?

El gobierno del periodista Juan Manuel Santos Calderón, consciente de que se genera opinión pública a través de temas y propuestas, echando mano, por supuesto, del lenguaje y de la acogida de que él goza en los medios de comunicación, ha ido legitimando un constructo político y comunicacional denominado *postconflicto*. Bajo esta figura, Santos Calderón ha tomado la iniciativa, de cara a la fase siguiente de los acuerdos, y ha logrado permear el sentir y la comprensión del común de los medios sobre el futuro inmediato del proceso de paz. Porque la expresión *postconflicto* deja entrever que con los acuerdos desaparecerá el conflicto, en sentido genérico, para concluir que vendrá una arcadía de hermandad en donde no habrá diferencias ni *conflictos* (subrayado nuestro). Por el contrario, si algo ha caracterizado nuestra historia como país es, precisamente, la negación del conflicto, o sea de la diferencia, de lo cual se ha pasado al señalamiento o a la condena pública de quien se atreve a reivindicar sus aspiraciones o reclamaciones ante otros sectores, cuando no ante el mismo Estado, incluyendo aquellas que hacen parte de los derechos legales que pueden reclamar los ciudadanos.

Dejémoslo en claro: el conflicto es inherente a cualquier sociedad, al punto de que mientras los conflictos se manifiesten con mayor libertad y transparencia, estaremos frente a un ordenamiento social mucho más democrático y participativo. Y en esa exigencia, los periodistas y los medios tenemos una responsabilidad fundamental mediante el tratamiento serio e independiente de la información, el cual implica un trabajo explicativo e interpretativo del diario acontecer. De esa forma, unos y otros estarán haciendo su aporte a la construcción de la opinión pública y, por ende, al debate público, libre y democrático. Porque sobre esas bases, surgirá la necesaria decisión política en torno al asunto en discusión; y tal decisión política —que se refleja en cambios en la realidad— es la que, según su condición, consolidará o limitará la madurez democrática del Estado y de la misma sociedad. A la vez, tal decisión política dará origen a un nuevo proceso de debate público, el cual originará una nueva opinión pública, y así sucesivamente. He ahí, pues, el debate, como la raíz de la auténtica escuela de preparación ciudadana.

Un factor que limita dicha madurez es el lenguaje, sobre todo cuando se trata de un lenguaje que periodistas y medios toman prestado, por ejemplo, de la fuente gubernamental, cuando no de sectores que son enemigos declarados del proceso de reconciliación, como sucede en esta oportunidad. Esos lenguajes son los que han invadido el que es propio de medios y periodistas, quienes acriticamente han incorporado a su práctica la denominación *postconflicto*, cuando no es que acuden a términos discriminatorios como *terroristas*,

asesinos, asesinatos, dados de baja, violadores de los diálogos, o defienden por principio a alguna de las fuentes, sin pensar que los periodistas tenemos nuestro propio lenguaje, el mismo que nos permite estar en capacidad de abordar y narrar la realidad en forma independiente, o ser conscientes y responsables sobre cuándo y cómo se debe informar, como también cuándo se contribuye al proceso de diálogos dejando de informar –porque muchas veces, omitiendo ciertas noticias, se defiende no sólo el interés público sino también la vida e integridad de ciudadanos secuestrados o de habitantes de zonas de guerra.

Estas últimas posturas informativas implican también una posición ética, si tenemos en cuenta que el ejercicio periodístico como tal –y mucho más en el contexto de unas conversaciones de paz– debe servir para algo más que el lucimiento o el protagonismo del periodista y del propio medio. Más aún, si tenemos en cuenta el elevado poder político y económico que ejercen hoy los medios de comunicación –lo cual los lleva a ser algo más que medios, incluso algo más que el llamado cuarto poder–, es necesario emplazarlos y llamarlos a comprometerse con las tareas democratizadoras que poco a poco se decantan con el avance de los diálogos y con el consiguiente matiz que va adquiriendo la fase siguiente, la que se ha dado en llamar *el postconflicto*.

¿Y de parte de la academia? ¿Estará en capacidad de consolidar la formación de los reporteros, editores, incluso directores,

presentes y futuros, todos ellos atravesados por el ineludible e inaplazable reto de entregarles a la sociedad y a los medios los intelectuales de la información que nos ayuden a entender y desentrañar la complejidad histórica de una realidad llamada Colombia, esa que, una vez más, y en palabras de nuestro Nobel Gabriel García Márquez, se está dando una nueva oportunidad sobre la tierra?

Pero la anterior sentencia garciamarquiana no le impide a Colombia sustraerse a las nuevas concepciones mediáticas de la política y por extensión a la manera de concebir y cubrir el conflicto armado que enfrentamos, como también de dar cuenta de su fase siguiente, como es el postconflicto. En nuestro caso, pues, la tríada comunicación – medios – política queremos enfocarla hacia el fenómeno de la actual confrontación armada, por una parte, para precisar cómo funciona cada uno de estos componentes en la situación límite colombiana; por otro lado, estamos obligados a abordar factores como la práctica de la Opinión Pública¹, definida y empobrecida en la lógica de los medios como “encuesta o sondeo ciudadano”, y la dinámica específica de los medios de comunicación, hoy más que nunca convertidos en reforzadores incondicionales del modelo político vigente.

Sin embargo, estimamos necesario hacer una suerte de digresión antes de proyectarnos sobre la etapa del postconflicto; vemos conveniente consignar unas anotaciones

1 Desde nuestra óptica, consideramos la opinión pública como un proceso en permanente construcción y deconstrucción, teniendo la decisión política como la instancia que les da sentido a uno y otro momento del denominado debate público.

conceptuales sobre nuestra confrontación armada, como también acerca de la relación existente entre la comunicación y la política, con su inevitable síntesis teórica, o sea la Comunicación Política. La triple relación que señalamos arriba adquiere cuerpo como expresión manifiesta del mayor conflicto que padece nuestro país y que es condición sine qua non para avanzar en la solución de otros problemas o dificultades: la guerra, con todo y que el Derecho Internacional Humanitario habla de Conflicto Armado, entendiendo que la guerra es un acto de lesa humanidad.

Sabemos que ésta, la guerra, en palabras de autores como Clausewitz, no es otra cosa que la continuación de la política por otros medios, incluyendo aquellas guerras en las que “la política parece haber desaparecido por completo, mientras que en otras aparece de forma bien definida...Efectivamente, si consideramos la política como la inteligencia del Estado personificado, entre las combinaciones de circunstancias que deben ser tenidas en cuenta en los cálculos, debemos incluir aquella en que la naturaleza de las circunstancias provoca una guerra de la primera clase. Pero si el término política no es entendido como un conocimiento amplio de la situación, sino como la idea convencional de una añagaza cautelosa, astuta y hasta deshonesto, contraria a la violencia, es en este caso cuando el último tipo de guerra correspondería, más que el primero, a la política”.

Para avanzar en la reflexión sobre nuestra crisis, su máxima expresión, como es el conflicto armado, y el denominado postconflicto, partiendo de las categorías comunicación – medios y política, es necesario detenernos un poco en cada una de estas figuras y tratar de caracterizarlas. Es por ello que vemos pertinente señalar que los procesos comunicativos de las últimas décadas, con sus implicaciones económicas, tecnológicas y culturales, han originado una reconfiguración de la política, la cual no pasa sólo por la figura tradicional de los partidos políticos como el mediador clásico, sino que cada vez más incluye a los medios masivos de comunicación.

En palabras del francés Dominique Wolton, toda política llega a ser comunicación política en el sentido en que la política es constantemente objeto de debates y de comunicaciones. A lo anterior agrega una definición más explícita de la Comunicación Política: “es el espacio en que se intercambian los discursos contradictorios de los tres actores que legítimamente se expresan en público sobre la política y que son los políticos, los periodistas y la opinión pública a través de los sondeos”².

Añade Wolton que la C.P. así entendida muestra, por una parte, que se trata de un escenario de enfrentamiento de discursos de desenlace incierto y, por otro lado, denota también que ese enfrentamiento se realiza partiendo de tres discursos que se expresan legítimamente en una democra-

2 Wolton Dominique. Las contradicciones de la comunicación política; incluido en el libro “Comunicación y Política”, Gilles Gauthier, André Gosselin y Jean Mouchon. Gedisa Editorial, Barcelona, 1998.

cia: la información, la política y la opinión pública³. O sea que según Wolton, la C.P. cambia de sentido y de forma en el tiempo, pero cada uno de esos capítulos de alguna manera termina con una elección, antes de la ulterior apertura de otro capítulo. De allí que se venga hablando de la Comunicación Política como un nuevo protagonista del debate público. La C.P. es algo más que una simple estrategia para difundir un mensaje; es un proceso dinámico y abierto, no una mera técnica, es un lugar de enfrentamiento de discursos políticos opuestos apoyados, o bien por los periodistas, o bien por los políticos, o bien por la opinión pública en virtud de los sondeos⁴.

De igual manera, la C.P. debe entenderse como el objeto de un enfrentamiento en su propio seno que tiende a alcanzar, en palabras del propio Wolton, “el dominio de la función de agenda”. La agenda pública es el espacio en el cual los distintos protagonistas de la vida social y política —desde los agentes del Estado hasta los estamentos de la sociedad civil, pasando por los medios de comunicación y los partidos políticos— intentan generar un liderazgo en lo referente a los temas que supuestamente deben ser abordados por el conjunto de dichos actores y pronunciarse sobre ellos.

La agenda pública tiene dos niveles:

- Relación de fuerzas entre los tres discursos, cada uno de los cuales procura imponer a los otros dos su representación de la situación política, para obtener un dominio de la agenda de la C.P.
- Nivel de relación entre la comunicación oficial (la que se ve) y el estado real de los debates de la sociedad.

Algunas características afines al tipo de confrontación armada que enfrenta Colombia son, por ejemplo, la presencia de intereses privados en medio del conflicto bélico; las violaciones de derechos humanos, tanto por parte de instituciones del Estado como de las fuerzas ilegales, con todo y lo polémico de este enfoque; las confusiones que se han presentado entre los ámbitos público y privado, en aspectos como el ejercicio de la autoridad, la justicia y la soberanía misma, lo cual da cuenta de la precariedad del Estado colombiano para responder por sus obligaciones constitucionales —la experiencia de los paramilitares es muestra de ello—.

Si nos ocupamos de las tareas de reconciliación que tiene pendientes la sociedad colombiana, podemos afirmar que no es tan determinante darle un nombre a la confrontación que seguimos padeciendo, como sí ha ocurrido en otros contextos. Y

3 Op. Cit.

4 Usualmente los medios hablan no de sondeos sino de encuestas, sin diferenciar, por una parte, el grado de representatividad de la muestra utilizada y por otra el agravante de que se sacan conclusiones demasiado contundentes y generales, conclusiones que muchas veces influyen en la toma de decisiones políticas, invocando para ello la expresión de la denominada “opinión pública”. Una de las consecuencias más evidentes de este protagonismo de los sondeos, es el agotamiento del debate público y por ende un empobrecimiento del proceso de surgimiento, construcción y concreción de la verdadera opinión pública.

esto lo planteamos, haciendo una recapitulación de las reflexiones adelantadas por algunos de los autores que hemos reseñado. Es el caso, por ejemplo, de la profesora María Teresa Uribe, quien ha calificado nuestra guerra como de construcción nacional, entendida, por una parte, como el paso previo que habría de resolver la crisis de soberanía que no ha podido solucionar el Estado colombiano. Consideramos que se trata de un punto vital que debe abordarse en el postconflicto, dado que es una tarea urgente para la recomposición de la sociedad colombiana.

Pero la soberanía, según María Teresa Uribe, se recuperará, no con la aparición de un Leviatán poderoso y magnánimo a la vez, sino con una solución política negociada –tal como viene sucediendo una vez más en el país– que propicie las condiciones para establecer un nuevo orden político y con él poner en marcha un proyecto de Estado-Nación, no obstante el avance de la globalización. El factor adverso para sacar adelante esta iniciativa, lo ha representado en las últimas décadas la creciente intervención en Colombia del gobierno de Estados Unidos, trazando la política de lucha antidrogas y guerra contrainsurgente.

Debemos precisar en este punto otro factor que ha dificultado las posibilidades de hallarle solución negociada a la guerra en Colombia. Lo señala el investigador Luis Alberto Restrepo, del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales –IEPRI–, de la Universidad Nacional, quien advierte sobre la ausencia histórica de una política de Estado en materia de paz, por lo cual en su lugar solo

queda la política gubernamental, de por sí corta, improvisada e incluso cambiante durante una misma administración: “políticas que no comprometen seriamente a todo el Estado o, más aún, que dan lugar a divisiones y conspiraciones internas entre distintos sectores del poder con el estímulo de una voluble opinión pública y de diversas franjas de la sociedad(. . .). Con todo y la voluntad del actual presidente de la república para propiciar el acuerdo negociado, el momento presente ratifica la afirmación de Restrepo.

Al pasar al plano de las responsabilidades sociales y políticas que surgen, de cara al imperativo de avanzar en la solución negociada del conflicto armado interno, aparecen otros dos actores de primera línea: la sociedad civil y los medios de comunicación. La primera, con todos sus matices en cuanto a intereses sociales y diversidad de posturas ideológicas, nivel de organización y movilización, mientras los segundos se verían emplazados a evaluar la opción de la negociación política, desde su propia condición de empresas privadas pertenecientes –la mayoría– a grandes grupos económicos, y que además cumplen una función pública y desde su misión política de contribuir al acercamiento de los contendientes mediante el intercambio de mensajes que a su vez ayuden a crear un ambiente comunicacional capaz de inspirar la necesaria confianza para ellos dialogar.

Una posición como ésta, en un importante e influyente sector de los medios masivos, sería la feliz rectificación de un punto de vista editorial que ha estado amarrado, en forma incondicional, a la actual política gubernamental y a quien la personifica

—léase el Presidente—. Sería la oportunidad decisiva para que los medios sean mucho más que eso y, por el contrario, empiecen por asumir el papel protagónico de incidir en la agenda pública y con ello generar el necesario clima de opinión que se requiere para poner en marcha un proceso de acercamiento. El clima de opinión se entiende como el entorno que se crea en la sociedad, por iniciativa de los propios medios, de un sector de aquella o de un líder de opinión con capacidad de proponer temas de discusión en el escenario público.,

Dicho clima de opinión comienza a lograrse, por parte de los medios y de los periodistas, cuando se replantee la postura que ha prevalecido sobre el terrorismo, la misma que ha servido para satanizar la protesta pública y la movilización social. Tales revisiones conceptuales, en un contexto de acercamiento entre los actores armados, les han de dar a los periodistas y a los medios un papel protagónico en la búsqueda de la solución política negociada al conflicto armado colombiano.

Al pensar su función pública, los medios deben tener en cuenta la razón de ser de la política —mucho más si hay de por medio una confrontación armada— como es la de elaborar y decidir continuamente los objetivos de la sociedad.

Y en este caso, uno de tales objetivos es luchar por la reconciliación entre quienes han hecho la política con las armas en la mano. Para ello, la comunicación debe contribuir al intercambio de discursos, pues es la manera de que se pongan en juego los distintos intereses que hacen parte de la práctica política.

Una tarea pedagógica, y de por sí edificante, con vistas a alcanzar la solución política negociada, que —ojo— pueden y deben realizar los medios y los periodistas respecto del conflicto armado y de los contendientes, implicaría abogar por:

- El respeto desde la información a las personas que no participan de las hostilidades.
- El respeto, también desde la información, a los bienes materiales e inmateriales que no son objetivo militar.
- El respeto, por parte de los contendientes, de los medios que deben utilizar en su lucha.
- El respeto a los lugares en donde la guerra no ha de desarrollarse.

Otra tarea de la comunicación, de los medios y de los periodistas, al pensar en el papel que les corresponde de cara al cubrimiento de la solución política negociada, y de su fase siguiente, o sea el postconflicto, implica la necesidad de redefinir ciertas categorías relacionadas, en lo conceptual, lo teórico y semántico, con el conflicto violento. Nos referimos, por ejemplo, a la política misma, a la comunicación como tal, al poder, a la fuerza y a nuestra misma historia de hostilidades.

Concluimos este apartado de nuestro trabajo, con dos reflexiones que no solo dejan en claro la importancia de los medios frente a esos dos estados vitales del ser humano, sino que también destacan el compromiso ético que enfrenta el periodista cuando debe dar cuenta del sufrimiento de quien, como población civil, padece los estragos de la guerra:

—Lo que sabemos sobre los eventos de la guerra y de la paz, lo conocemos a través de los medios. Para el consumidor de medios, aparece de inmediato la importancia de descubrir la manera como aquéllos nos construyen ese conocimiento, cómo nos lo entregan y cómo construimos nosotros las imágenes sobre el presente, el pasado y el futuro, siempre con base en lo que brindan dichos medios.

Terminamos esta reflexión sobre la confrontación bélica colombiana y el papel de los medios masivos de comunicación frente a su tratamiento, con la frase del periodista Shiraz Sidva, incluida en el libro “Los ojos de la guerra”, de los españoles Manuel Leguineche y Gervasio Sánchez: “Cuando se comparte del drama de los que sufren la guerra, la objetividad tiene poco que ver con la neutralidad, especialmente si hay que elegir entre víctimas inermes y agentes de genocidio”.

LA AÑORANZA DE CUANDO SE INFORMABA

De cara al período del postconflicto, y pensando en el papel que debe cumplir la información, debemos afirmar que la realidad informativa de los medios de hoy no siempre coincide con los postulados antes invocados, o sea aquellos que se inspiran en el bienestar colectivo y buscan incidir en la toma de decisiones políticas que, por su propia naturaleza, nos afectarán a todos.

La instancia ideal para incubar y desarrollar un proceso de estas características, no puede ser otra que los medios de comu-

nicación. Es decir, los medios configuran el espacio público en el cual irrumpen o circulan, cuando no es que llegan de fuera, los temas que aspiran a convertirse en materia de interés público.

En la realidad de los medios de comunicación, intentaremos señalar algunos elementos que vienen marcando su transformación, teniendo en cuenta las nuevas dinámicas de la política, el nuevo reordenamiento de los poderes económicos y militares a nivel mundial, los nuevos procesos de desarrollo tecnológico —en especial a nivel informático— y por ende el rol que están desempeñando en las nuevas formas de expresarse y de cubrirse las disputas bélicas en distintos escenarios del mundo.

Pero además de los factores antes mencionados, el periodismo ha experimentado algunos cambios conceptuales, comenzando por el de la información. El español Ignacio Ramonet, director del diario *Le Monde Diplomatique*, plantea cómo “hasta hace poco informar era, de alguna manera, proporcionar no sólo la descripción precisa —y verificada— de un hecho, un acontecimiento, sino también aportar un conjunto de parámetros contextuales que permitieran al lector comprender su significado profundo. Era responder a cuestiones básicas: ¿quién ha hecho qué?, ¿con qué medios?, ¿dónde?, ¿por qué?, ¿cuáles son las consecuencias?”⁵.

Añade Ramonet que es la influencia de la televisión la que ha generado los cambios, porque es el medio que hoy tiene el lideraz-

5 Ramonet, Ignacio. “La tiranía de la Comunicación”, Editorial Debate, Madrid, 1998.

go en la jerarquía de los medios de comunicación, aparte de que está expandiendo su modelo. Con el esquema del telediario en directo, dice Ignacio Ramonet, informar pasó a ser algo así como “enseñar la historia sobre la marcha”, o hacer asistir en directo al acontecimiento. Se supone que la imagen del acontecimiento y su descripción, son suficientes para darle todo su significado.

Un elemento adicional a este nuevo modelo informativo, consiste en que esa especie de cara a cara telespectador—historia hace que sobre hasta el propio periodista. En esa puesta en escena es más importante la satisfacción del telespectador que comprender la importancia del acontecimiento. De esa manera, sentencia Ramonet, se va logrando poco a poco la falsa ilusión de que “ver es comprender”: “...cualquier acontecimiento, por abstracto que sea, debe tener forzosamente una parte visible, mostrable, televisable. Esta es la causa de que asistamos a una, cada vez más frecuente, emblemización reductora de acontecimientos complejos. Por ejemplo, todo el entramado de los acuerdos Israel — OLP, en su momento, se reducía al apretón de manos entre Rabin y Arafat...”⁶. Lo propio podemos afirmar en el caso de los desacuerdos entre israelíes y palestinos cuando, a pesar de los mismos, sus líderes se reúnen y posan para la foto protocolaria.

También la actualidad ha cambiado en los voluminosos procesos informativos, por lo cual surge la pregunta obligada: ¿en función de qué criterios hay que hacer la

elección? De nuevo Ramonet le otorga a la televisión un protagonismo decisivo cuando afirma que este medio, con el impacto de sus imágenes, impone la elección y obliga a la prensa a seguirla.

Por eso, los hechos que no se registren con imágenes visuales es como si no existieran. De allí que se cree el estereotipo de que los acontecimientos son importantes en la medida de su riqueza de imágenes. Ello quiere decir que los textos, y en general las palabras, ya no valen tanto como las imágenes, concluye el director de *Le Monde Diplomatique*. Y añade que la valoración de acontecimientos mundiales —caso de masacres étnicas— desaparecen del panorama noticioso si no hay registro visual o si no se transmiten en directo. Por eso hay noticias muy importantes que son relegadas a un segundo plano, dado que no tienen un acerbo de imágenes—señalemos el ejemplo de un informe sobre derechos humanos—. Por eso se plantea que la prensa escrita viene siendo víctima de medios como la televisión, que tienen la posibilidad de registrar diversidad de hechos noticiosos, cuando no de presentarlos en directo.

O sea que el tiempo de la información ha sufrido notorios cambios. Ahora la instantaneidad—o sea el tiempo real—constituye la optimización de los medios masivos. Ello quiere decir que la transmisión en directo es la que gana en importancia —caso de la televisión y de la radio— mientras que la prensa aparece como un medio envejecido, retrasado con respecto a sus competidores.

6 Ibid.

Otro de los cambios conceptuales sufridos por la información periodística de hoy, se refiere a la figura de la veracidad. En lugar de responder a un proceso de verificación, contrastación de fuentes y análisis riguroso, la verdad periodística se afianza en la medida en que otros medios confirman –por no decir que repiten– las mismas informaciones. El hecho de que un medio radial o de prensa, repita la noticia difundida por un noticiero de televisión, es razón suficiente para deducir que se trata de una versión informativa veraz. Por eso no es extraño que los noticieros de televisión en nuestro medio, respondan a una misma estructura, un mismo contenido e incluso a un tratamiento bastante similar. Es la seguridad que brinda saber que se está haciendo y diciendo lo mismo que su competidor, no importa si se están repitiendo imprecisiones o incluso falsedades en la información.

INFORMARSE REQUIERE CEREBRO

Y hablando de contenidos y estructuras de los noticieros, sobresale el estilo de presentar la realidad a través de numerosas noticias breves, por lo general aisladas de su contexto, sin los referentes analíticos necesarios para entender el porqué y el para qué de lo que sucedió, razón de ser de la actividad periodística. Y tal tratamiento contribuye a fomentar una cultura facilista para comprender la realidad por parte del consumidor de medios, cuando en realidad consiste en un ejercicio más exigente, acorde con la complejidad de los nuevos ámbitos de la vida política mundial.

Como lo plantea Ramonet, “informarse cuesta y es a ese precio al que el ciudadano adquiere el derecho a participar inteligentemente en la vida democrática... informarse sigue siendo una actividad productiva, imposible de realizar sin esfuerzo y que exige una verdadera movilización intelectual...una actividad tan noble en democracia como para que el ciudadano decida dedicarle una parte de su tiempo y su atención”⁷. He aquí uno de los retos informativos y políticos que se les plantean a los acuerdos de paz y al postconflicto como tal: la cultura política ciudadana como contribución de los medios de comunicación.

La política de difundir infinidad de noticias, con las características antes anotadas, y dedicar mayor tiempo a la información, aunque la publicidad se lleva una buena parte, viene perfilando otra manera de censurar el ejercicio periodístico, en oposición al sistema tradicional de prohibir o mutilar el material que aspiraba a ser difundido. Por eso se afirma que hoy la censura funciona más por asfixia que por amputación; entre otras cosas, como hay tanta información para consumir, no se percibe la que hace falta. En palabras de algunos analistas, la información es hoy uno de los elementos que más abundan en el planeta.

Otra característica de los medios de comunicación, se refiere al cada vez mayor entrelazamiento de la prensa, la radio y la televisión, no sólo en materia de propiedad sino también en la parte de contenidos,

7 Ibid.

lo cual produce una suerte de repetición e imitación entre ellos, por lo cual es necesario analizarlos integralmente. En ese sentido se produce una especie de succión informativa recíproca, en la cual el medio radial desarrolla su dinámica noticiosa con los contenidos divulgados por la prensa y con los temas emitidos por la televisión la noche anterior, mientras que ésta acude a las reacciones a partir del material de la prensa y de las pistas aportadas por los avances radiales; la prensa, por su parte, hace su propia síntesis de los contenidos entregados por la radio y la televisión, pero no siempre en plan de ampliación o de análisis de las implicaciones de los hechos de interés público.

Sin embargo, y en aparente paradoja por lo que acabamos de señalar, además de estar a tono con el creciente protagonismo político que viene teniendo la comunicación, la prensa, en su sentido amplio, ha dejado de ser el tradicional cuarto poder y ha pasado a constituirse en el segundo —por no decir el primero—, detrás del poder económico, seguido del poder político. El director de *Le Monde Diplomatique*, Ignacio Ramonet, está entre quienes sostienen que “los media han ganado posiciones y se sitúan, como instrumento de influencia (que puede hacer que las cosas cambien) por encima de un buen número de poderes formales”⁸.

Y como para no abandonar las paradojas, a la par de ese protagonismo político de los media, gana fuerza la tendencia en la

cual los periodistas ya no son esos actores de primera línea, convertidos en factores determinantes de la suerte de gobernantes poderosos o de empresarios influyentes; ahora no pasan de ser profesionales dedicados en muchos casos a labores de operarios, si miramos sus funciones de producir noticias en serie, cuando no de recortar la mercancía informativa que ya viene procesada por la agencia respectiva. Y esta pérdida de importancia del trabajo periodístico, se refleja en el fenómeno de la guerra, es decir, en la manera como ésta es cubierta, forma muy alejada de lo que ha sido la dinámica de los llamados corresponsales de guerra, de quienes están en el propio campo de batalla.

Aunque luego habremos de abordarlo más detenidamente, podemos adelantar que el denominado “síndrome de Viet-Nam”, propio de los años sesentas y setentas, originó en los gobiernos de los países poderosos una postura informativa que, con el paso de los años, les permitiría controlar el trabajo de los reporteros desplazados a los escenarios de las guerras. Porque definitivamente no conviene dejarlos informar libremente. Para los gobernantes norteamericanos, por ejemplo, una de las claves de la derrota en Viet-Nam estuvo en el liberalismo con el cual fue manejado el proceso informativo, una de cuyas principales consecuencias fue el rechazo entre los propios ciudadanos estadounidenses a la intervención de su gobierno en el país asiático; y esa posición fue producto de saberse víctimas de una

8 Ibid.

guerra ajena, lejana, injustificable, en la que nada tenían que hacer sus hijos, hermanos, vecinos o amigos.

Estas anotaciones nos llevan a abordar, por tanto, y a propósito del postconflicto, los noticieros como una suerte de fábrica de la opinión pública, con todo lo que ello implica en cuanto a la presentación de los temas que expresan un determinado tipo de realidad, los pronunciamientos públicos de distintos estamentos y las tensiones producidas por la diversidad de intereses sociales, económicos y políticos. Esa pretendida formación y expresión de la opinión pública se da en medio de lo que algunos llaman las cuatro principales plagas de los noticieros, a saber: la censura en su nueva versión, la excesiva personalización o protagonismo de los presentadores, la distorsión de los hechos que se presentan —empezando por el manejo de las fuentes— y la dramatización que se hace de los hechos noticiosos —otra vez la fuerza arrasante de la imagen y la limitación frecuente de elementos de juicio como complemento—. Dicho en otras palabras, las mencionadas cuatro plagas de los noticieros son el requisito que conlleva a que la información se convierta en el espectáculo que caracteriza a aquellos.

Hemos dicho que la profusión avasallante de noticias, antes que ayudar a comprender la realidad lo que hace es confundir; por ello todo parece verdadero y falso a la vez, razón por la cual es difícil que un consumidor de información pueda formarse su propia opinión y de esa manera aspire a

concurrir en el proceso de formación de la opinión pública. Y es difícil propiciar la construcción de una verdadera opinión pública, cuando se consolida una cultura audiovisual que, en el caso de los noticieros de televisión, centra su preocupación por el directo, convencidos de que éste crea lo que Ramonet denomina “la ilusión de la verdad”. En el caso de los noticieros, apunta que el acontecimiento puede ser inesperado, mas no el discurso que va a desarrollarlo. Por eso la afirmación de Oscar Wilde “La verdad es, pura y simplemente, una cuestión de estilo”, ratifica el aserto anterior. Entre otras cosas, la secuencia de presentación del hecho noticioso, en particular de aquel inesperado, ya es conocida:

- Detalles del hecho
- Testimonios de las víctimas y de los testigos
- Testimonios de las autoridades

POR UN ORDEN CAÓTICO

Cuando se trata de un acontecimiento esperado, la puesta en escena se impone sobre todo lo demás, comenzando por la organización del discurso y siguiendo con el desarrollo del propio acontecimiento. A este respecto, Ignacio Ramonet sostiene que la lógica de la televisión se impone sobre la lógica de la vida. De ello se puede concluir que en este caso lo que es real es lo que es falso, dado que una buena puesta en escena televisual, obliga a modificar el orden de las cosas.

Se cita al respecto al semiólogo italiano Umberto Eco, recordando la transmisión televisada de acontecimientos mundiales como fue la boda del príncipe Carlos de Inglaterra y de Lady Diana; Eco destaca cuál puede ser la preocupación de algunos realizadores de televisión por la puesta en escena, en especial de un cortejo de jinetes. Afirma Eco: “Los que han visto la televisión han destacado que el color de las boñigas, de los caballos del cortejo, no era ni oscuro, ni pardo, ni desigual, sino que se presentaba siempre y en todas partes en un tono pastel, entre el beis y el amarillo, muy luminoso de forma que no llamara la atención y armonizara con los colores suaves de los vestidos femeninos. Pronto hemos podido leer, aunque lo habríamos imaginado igualmente, que los caballos reales habían sido alimentados durante una semana con píldoras especiales para que sus excrementos tuvieran un color telegénico. Nada debía ser dejado al azar, todo estaba al servicio de la retransmisión”¹⁰.

En esta parte del trabajo nos hemos de adentrar en el escenario de nuestra realidad colombiana, y en especial queriendo revisar los procesos comunicativos y políticos en el contexto de la confrontación armada que enfrenta nuestro país. Partiendo del planteamiento según el cual los media acaparan buena parte de la dinámica política de las sociedades de hoy, incluyendo a Colombia, comenzamos señalando la manera como los medios se

ocupan de uno de los temas recurrentes en nuestra situación conflictiva, como es la violencia y su expresión más exacerbada: el conflicto armado.

Queremos aprovechar este evento para compartir algunas reflexiones surgidas en la investigación que sobre estudios de violencia y comunicación en Antioquia, realizamos para el Instituto de Estudios Regionales –INER– de la Universidad de Antioquia. Sobre el particular subrayamos que en la violencia prevalece una conducta simbólica mediada por la intención más o menos racionalizada de dañar, someter o suprimir al otro. En ello tal conducta simbólica, siempre y cuando se constituya en medio antes que en fin, se configura en sus variadas expresiones, al decir de Walter Benjamín, en condición de fundamento y preservación del derecho, de la norma, de la institución, esto es, de la civilización¹¹. En otras palabras, estamos retomando la afirmación de este autor alemán, para quien la violencia ha sido históricamente fundadora de derecho.

En la relación comunicación-violencia, la dimensión antropológica sitúa al hombre en una esfera en la que la comunicación se ha configurado hoy en una filosofía de lo humano en todas sus dimensiones¹². La antropología es la atmósfera de la relación comunicación-violencia, mientras que la política es el punto de fusión entre ambos conceptos. Asumiendo que “todo

10 Ibid.

11 Medina Gonzalo y García Walter. Estado del arte de los estudios sobre comunicación y violencia. Incluido en el libro “Balance de los Estudios sobre Violencia en Antioquia”, Grupo Interdisciplinario de Investigación sobre Violencia. INER, Universidad de Antioquia, Medellín, 2001.

acto comunicativo es un acto político”¹³, podemos introducir para el análisis conceptos como los de “poder” y “fuerza”, los cuales nos ayudan a rastrear la relación entre comunicación-política y violencia (y por extensión la guerra). La filósofa española Adela Cortina afirma que “un procedimiento violento es aquel en el que se utiliza la fuerza para obtener un fin, en contra de la tendencia natural de la cosa –o sujetos– sobre la cual se aplica la fuerza”¹⁴. Agrega Cortina que la violencia “se presenta como una forma de poder, como un medio para conseguir determinados objetivos”¹⁵.

De ello podemos deducir que hay en la violencia misma un mensaje y un fin que van más allá de la mera intervención física, moral o síquica del otro. Esto es, le subyace a la violencia un objeto comunicativo que puede o no pasar por un procedimiento materialmente violento; es claro que una masacre paramilitar o guerrillera, por ejemplo, extingue o pone en riesgo la existencia física y moral de aquellos individuos que son objeto de la misma, pero es evidente que con ello no se da una definitiva supresión o sometimiento del enemigo último, sino que para el caso tal masacre es una pretendida señal de poder, entendido éste como una capacidad de actuar o de hacer presencia visible en un escenario en disputa.

Junto con la violencia existe un fenómeno histórico cercano a ella, pero que tiene ingredientes que le son específicos, sobre todo los de carácter político y militar: el conflicto armado. En nombre de la solución política, en nombre de la paz, de la reconciliación entre los colombianos, o sea sintiéndose impulsados por un móvil altruista, una buena parte de los medios masivos de comunicación en nuestro país, despliega por momentos una especie de cruzada contra la violencia, condenándola per se, por su sola existencia, como si esa fuera la máxima contribución que ellos pueden hacer para conquistar cierto nivel de tranquilidad en el país. Y nos referimos, por ejemplo, a la manera como muchas veces se informa sobre acciones del calibre de las realizadas por los paramilitares, por las fuerzas armadas o por las guerrillas.

En nuestra reflexión sobre la relación comunicación-violencia y el papel de los media en el cubrimiento de la confrontación armada, de los diálogos y del postconflicto, señalamos que tales tendencias sancionatorias sirven más para restringir el debate sobre un tema del significado histórico universal que tiene la violencia, antes que para estimularlo; y más aún si reconocemos su dimensión política, teniendo en cuenta el papel jugado por ella a la hora de evaluar las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales

12 Ibid.

13 Ibid.

14 Ibid.

15 Ibid.

que ese fenómeno ha propiciado a través de la historia de la humanidad.

Incluso nos identificamos con el planteamiento que considera la violencia como otro medio de comunicación, como otro mecanismo a través del cual la otra parte envía especies de claves a su enemigo respecto de una determinada situación, de una intención, de una postura frente a determinado asunto, de una sindicación, etc. En ese sentido, la violencia no es un fenómeno “patológico” o “anormal” que en cierto momento sufren las personas o las sociedades; la violencia es otra forma de comunicación, antes que la expresión de un fracaso de ese proceso comunicativo entre las partes que están enfrentadas con las armas, como muchas veces se dice desde la academia o desde los medios mismos.

Por eso tampoco estamos de acuerdo con la extrañeza con que muchas veces se asumen las acciones armadas de una de las partes enfrentadas, sobre todo en momentos, como el actual, en que se adelantan procesos de diálogo entre los propios actores de la confrontación bélica y se vislumbra la fase siguiente, o sea el postconflicto. Sobresale en esos casos la opinión según la cual “no hay voluntad de paz” de dicho actor porque supuestamente ha tomado el diálogo como juego, ya que prosigue sus acciones bélicas. En realidad, cuando una de las partes arrecia sus ataques militares es porque “...ha decidido intensificar la eficacia de sus mensajes. Al contrario de lo que los periodistas suponen, los conflictos armados no son consecuencia del fracaso del diálogo, sino de su exacerbación”. Prueba de ello es el acuerdo al que previamente llegaron, por

ejemplo, las FARC y el gobierno de Juan Manuel Santos Calderón, en el sentido de mantener las conversaciones en medio de las hostilidades.

Vale la pena reiterar que por el hecho de dialogar, una organización político-militar no ha renunciado ni a sus objetivos ni a sus formas de lucha, como tampoco el Estado ha abandonado su papel de instancia máxima de la sociedad, como tampoco ha renunciado al ejercicio legítimo de la violencia; antes bien, con el proceso de diálogo lo que busca es afianzar dicha misión. En aras de un ejercicio académico, antes que sostener porque sí un discurso ideológico, estamos tratando de analizar la confrontación armada como ese esfuerzo liberador de perturbaciones, y no como un acto de dementes en el tope de su desquiciamiento.

Y el esfuerzo se justifica mucho más en el caso de una guerra histórica como ha sido la colombiana, no sólo por su complejidad sino también por su carácter de proceso de larga duración y porque cada vez más se agudiza y generaliza a todos los rincones y sectores del país. Pero no debemos avanzar en el análisis de la guerra colombiana y los procesos comunicativos y políticos característicos, sin antes reseñar algunos elementos globalizantes propios de ese mismo fenómeno bélico y de la comunicación como tales:

- Después de la guerra de Viet-Nam, y tal como lo señalamos antes, los cubrimientos periodísticos de las guerras han sido objeto de control estricto por parte de los gobiernos directamente interesados—ver ejemplo de Inglaterra con Las Malvinas, de Israel con la invasión al Líbano, de

Estados Unidos con la invasión a la isla de Granada, lo mismo que su guerra en el Golfo Pérsico y especialmente contra Irak—. El interés ha sido difundir imágenes “limpias”, o sea imágenes que muestren a los ejércitos invasores como los triunfadores, a la vez que los periodistas informen lo que a ellos les interesa; incluso, les han condicionado a muchos de estos la posibilidad de estar en el escenario de los acontecimientos, pero sometidos a las órdenes de los mandos militares: en otras palabras, informar de la guerra tal y como los militares quieren que se haga.

- Como expresión de los aprendizajes asimilados en las guerras, los militares de las grandes potencias han elaborado manuales para tratar a medios y a periodistas. Algunos principios incluidos en tales manuales “recomiendan” parecer transparente y ansioso de ayudar, nunca dedicarse a la represión sumaria o al control directo, invalidar más que ocultar las noticias no deseables, controlar el énfasis más que los hechos, compensar las malas noticias con otras buenas, y mentir directamente sólo cuando se tiene la certeza de que la mentira no será descubierta en el curso de la guerra”.
- Desprendido de las reflexiones del periodista Philip Knightley, autor del libro “La primera baja”, se viene haciendo un control sutil de la información, “dejando caer historias sensacionalistas del enemigo, convocando ruedas de prensa amables para periodistas complacien-

tes e intimidando de forma explícita a los menos simpatizantes”. Por ello se cuenta cómo, por ejemplo, durante la Guerra de Las Malvinas, en 1982, los británicos dieron acceso a las islas sólo a los periodistas simpatizantes que estaban dispuestos a dar información del Ministerio de Defensa. No hubo sitio, por ejemplo, para el conocido e independiente fotógrafo Don McCullin porque sus fotografías tendían a ser demasiado realistas.

- Otro veterano corresponsal de guerra es Robert Fisk, quien afirma que no acceder al campo de batalla produce dos tipos de corresponsales: “los que dicen naderías, que se han convencido de la justicia de la guerra y de la maldad del otro bando”, y las “ovejas”, que siguen a ciegas los dictados de la OTAN”¹⁶.
- El polaco Ryszard Kapuscinsky, uno de los más reconocidos corresponsales de guerra, plantea que la revolución electrónica ha provocado una multiplicación de los medios y el descubrimiento de que la información es una mercancía que puede reportar importantes beneficios: “...El descubrimiento de que la información era una mercancía que podía dar grandes ganancias hizo que afluyese a los medios el gran capital. Los románticos buscadores de la verdad que antes dirigían los medios fueron desplazados por hombres de negocios”¹⁷.
- Para dar cuenta de la creciente frialdad que se viene apoderando de muchos

16 Fisk Robert. Los Ojos de la guerra. Leguineche Manuel y Sánchez Gervasio. Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

17 Ibid.

periodistas, producto del auge de la electrónica y de la deshumanización del trabajo periodístico, el Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, señala que “las redacciones repletas de hombres idealistas se han convertido en laboratorios asépticos para navegantes solitarios donde parece más fácil comunicarse con los fenómenos siderales que con el corazón de los lectores”¹⁸.

UNAS CONCLUSIONES

Abordar como síntesis la tríada postconflicto—medios de comunicación—opinión pública, en el contexto presente e inmediato de los diálogos de paz que se adelantan en La Habana, nos permite señalar pistas de diverso carácter, las mismas que planteamos a continuación y que no necesariamente son un factor de optimismo para afrontar la compleja fase que se avecina, mucho más accidentada en dificultades respecto de esta primera etapa:

—La persistencia en la restricción de hecho del ejercicio periodístico, materializada en amenazas, exilios y asesinatos de reporteros en distintos lugares del país, sobre todo en las llamadas zonas de orden público, las mismas en las cuales prevalece una notoria indefensión de dichos corresponsales. No es difícil prever un recrudecimiento de tales ataques, por parte de sectores enemigos del proceso, con motivo de la llegada del postconflicto.

—Un deficiente nivel de formación académica y política en el común de los colegas

que cubren el conflicto armado y que por ende carecen de los fundamentos conceptuales e interpretativos que demanda nuestra difícil realidad regional y nacional. Un requerimiento urgente al respecto es adelantar maestrías y doctorados en disciplinas que ayuden a comprender los procesos correspondientes, en este caso el del postconflicto —ciencias económicas, ciencia política, derecho internacional humanitario, entre otras alternativas—.

—La concentración sistemática de la propiedad sobre los principales medios de comunicación, los cuales son, a su turno, soporte económico y político de poderosos grupos nacionales e internacionales, no siempre movidos por el interés público; el ánimo exacerbado del beneficio material y grupal es su razón de ser. Podría decirse que, en unos casos, el compromiso con lo público marcha por un lado y el afán desmedido de lo particular va por otro. A ciencia cierta, son excepcionales los casos de medios como aquellos que ejercen cierta autonomía relativa y, por ende, son capaces de salirse de ese control severo que ejerce la organización empresarial, sin descartar que esta pueda renunciar a él: citemos, por ejemplo, al diario liberal *El Espectador*, a pesar de ser propiedad de la organización Julio Mario Santo Domingo.

—Pero frente a ese panorama, aparece también la respuesta política y comunicacional; nos referimos a la urgencia de generar movimientos de opinión pública alternativos, a favor de los acuerdos y del postconflicto mismo, basándose para ello

18 Ibid.

en las distintas organizaciones sociales, políticas y mediáticas, buscando tener una mayor incidencia temática y propositiva en el nuevo escenario que se constituya con el postconflicto. Esa es, por ejemplo, la convicción que asiste al antiguo jefe guerrillero del M19 –y hoy líder de la Alianza Verde–, Antonio Navarro Wolf, al recordar la experiencia triunfante de su movimiento durante la constituyente de 1990-1991.

–El período del postconflicto es, en última instancia, una buena oportunidad para pensar el país, sobre todo con el necesario espíritu de reconciliación; por ello, se crean condiciones favorables para pensar asuntos de interés común; es el caso, por ejemplo, del deporte, dada su gran capacidad de convocatoria y de contribuir a la inaplazable constitución de la Nación. En otras palabras, estaríamos ante la feliz ocasión de interrogarnos por el deporte o los deportes nacionales en nuestro país: ¿Acaso el fútbol? ¿De pronto el ciclismo? ¿O más bien el patinaje? ¿O a lo mejor el bicicross? Pensamos que, de paso, sería producir el feliz acto de justicia con una práctica de dimensiones políticas, sociales y culturales

–Hablando de medios, advertimos sobre la importancia de las redes sociales, teniendo en cuenta su diversidad y eficacia. Las experiencias vividas en otros países dan cuenta

de la validez de dichas redes sociales, sobre todo en momentos de crisis institucional, las cuales han contribuido a la caída de regímenes autoritarios o tradicionales, caso de “la primavera árabe”. Al mismo tiempo, no debemos olvidar que durante la primera administración de Juan Manuel Santos, el entonces ministro, y hoy vicepresidente Germán Vargas Lleras¹⁹, luchó al máximo para que el Congreso restringiera la utilización de tales mecanismos, estimando que las posibilidades de internet debían ser limitadas en aras de garantizar la seguridad y los derechos de autor, sobre todo pensando en las empresas con mayor músculo financiero. La columnista de *El Espectador*, Carolina Botero, consignó, entre otros, los que deben ser derechos inalienables del internauta²⁰:

–Privilegiar las políticas nacionales e impedir la imposición de los intereses privados, a expensas del bienestar público o de los derechos humanos.

–Hacer hincapié en la participación activa en la vida cultural y científica, y no en la mera posibilidad de acceder a obras culturales y científicas.

–Impulsar la promoción de la participación pública en los procesos legislativos para armonizar el sistema con los derechos humanos.

19 Aunque este proyecto no apunta exactamente a lo mismo que la “Ley Lleras”, sí es una rama de la maquinaria que se está moviendo en todo el mundo, impulsada por el lobby que hacen en Estados Unidos los grandes conglomerados afectados por la piratería en línea (como los pertenecientes a las industrias discográficas y cinematográficas) para buscar que se regulen los contenidos de internet.

20 BOTERO, Cabrera Carolina. Derecho de Autor en perspectiva de derechos humanos. *El Espectador*. Marzo 12 de 2015. Bogotá .D.C.

—Los bloqueos de páginas web, la denegación del acceso a Internet, la imposición de cuantiosas indemnizaciones y las sanciones penales por infracciones no comerciales son medios agresivos para proteger la piratería digital, que generan restricciones incompatibles con otros derechos.

—La creatividad no es un privilegio de la élite o de artistas profesionales, sino un derecho universal. La legislación y políticas deben considerar a quienes tienen necesidades especiales o pueden quedar desatendidos por el mercado.

—Un factor asociado con el horizonte del postconflicto —aunque no lo señalamos en nuestra presentación— tiene que ver con la real actitud de muchos de los empresarios de los distintos sectores frente a la implementación de los eventuales acuerdos gobierno-FARC. Evidenciamos o intuimos una falta de voluntad social y

política en muchos de ellos, dado el espíritu mezquino que los ha caracterizado, sobre todo en coyunturas en las que se requiere un gesto solidario para con las mayorías excluidas. Y si a ello le agregamos que el común de tales empresarios —tanto del campo como de la ciudad— se halla más afín a las posiciones conservadoras —cuando no de extrema derecha—, pues es mayor nuestra incertidumbre.

Pensamos que si luego de firmados los acuerdos de paz, somos capaces, como país, de abogar y propender por una cultura del conflicto, debemos de sentirnos satisfechos. Porque el paso siguiente será aquel que nos convoque a dialogar como ciudadanos civilizados y, por ende, a ventilar nuestras diferencias socioeconómicas y políticas sin estar bajo la sombra inminente de la violencia. Ese es el postconflicto que no solo urgimos sino que nos merecemos. Muchas gracias.